

no sé si esta pasión, ni si este fuego  
me ennoblece, me salva ó me condena,  
pero escucha, Leonor idolatrada :  
á nadie temo ni me importa nada.

» Muy joven era yo y en cierto día  
libre de desengaños y dolores,  
llegué de capitán á Andalucía,  
la tierra de la gracia y los amores.  
Ni la maldad ni el mundo conocía,  
vagaba como tantos soñadores  
que en pos de algún amor dulce y profundo  
ven como eterno carnaval el mundo.

» Encontré á una mujer joven y pura,  
y no sé qué la dije de improviso;  
la aseguré quererla con ternura  
y no puedo negártelo : me quiso.  
Bien pronto, tomó creces la aventura ;  
soñé tener con ella un paraíso  
porque ya en mis abuelos era fama :  
antes Dios, luego el Rey, después mi dama.

» Y la llevé conmigo ; fué su anhelo  
seguirme y fué mi voluntad entera ;  
surgió un rival y le maté en un duelo,  
y después de tal lance, aunque quisiera  
pintar no puedo el ansia y el desvelo  
que de aquella Sevilla, dentro y fuera,  
me dió el amor como tenaz castigo  
del rapto que me pesa y que maldigo.

» Á noticias llegó del Soberano  
esta amorosa y juvenil hazaña  
y por salvarme me tendió su mano,  
y para hacerme diestro en la campaña  
me mandó con un jefe veterano  
á esta bella región de Nueva España...  
¿ Abandonaba á la mujer aquélla?

soy hidalgo, Leonor, ¡ vine con ella !

» Te conocí y te amé, nada te importe  
la causa del amor que me devora ;  
la brújula, mi bien, siempre va al norte ;  
la alondra siempre cantará á la aurora.  
¿ No me amas ya ? pues deja que soporte  
á solas mi dolor hora tras hora ;  
no demando tu amor como un tesoro,  
¡ bástame con saber que yo te adoro !

» No adoro á esa mujer ; jamás acudo  
á mentirle pasión, pero tú piensa  
que soy su amparo, su constante escudo,  
de tanto sacrificio en recompensa.  
Tú, azucena gentil, yo cardo rudo,  
si ofrecerte mi mano es una ofensa  
nada exijo de ti, nada reclamo,  
me puedes despreciar, pero te amo ».

Después de tal relato, que en franqueza  
ninguno le excedió, calló el amante,  
inclinó tristemente la cabeza,  
cerró los ojos mudo y anhelante ;  
ira, celos, dolor, miedo y tristeza  
hiriendo á la doncella en tal instante  
parecían decirle con voz ruda :  
la verdad es más negra que la duda.

Quiere alejarse y su medrosa planta  
de aquel sitio querido no se mueve ;  
quiere encontrar disculpa, mas le espanta  
de su adorado la conducta aleve ;  
quiere hablar y se anuda su garganta,  
y helada en interior como la nieve  
mira con rabia á quien rendida adora  
y calla, gime, se estremece y llora.

¡Es el humano corazón un cielo!  
 Cuando el sol de la dicha lo ilumina  
 parece azul y vaporoso velo  
 que en todo cuanto flota nos fascina :  
 si lo ennegrece con su sombra el duelo,  
 noche eterna el que sufre lo imagina,  
 y si en nubes lo envuelve el desencanto  
 ruje la tempestad y llueve el llanto.

¡ Ah! cuán triste es mirar marchita y rota  
 la flor de la esperanza y la ventura,  
 cuando sobre sus restos sólo flota  
 el negro manto de la noche oscura ;  
 cuando vierte en el alma gota á gota  
 su ponzoñosa esencia la amargura  
 y que ya para siempre en nuestra vida  
 la primera ilusión está perdida.

Leonor oyendo la vulgar historia  
 del hombre que encontrara en su camino,  
 miró eclipsarse la brillante gloria  
 de su primer amor, casto y divino ;  
 su más dulce esperanza fué ilusoria,  
 culpaba, no á Manrique, á su destino ;  
 y al fin le dijo á su galán callado :  
 — « Bien ; después de lo dicho, ¿ qué has pensado ? »

» Tanta pasión por tí mi pecho encierra  
 que el dolor que me causas lo bendigo ;  
 voy á vivir sin alma y no me aterra,  
 pues mi culpa merece tal castigo.  
 Como á nadie amaré sobre la tierra  
 llorando y de rodillas te lo digo,  
 haz en mi nombre á esa mujer dichosa,  
 porque yo quiero ser de Dios esposa. »

Calló la dama y el galán temblando  
 dijo con tenue y apagado acento :  
 — « Haré lo que me pidas ; te estoy dando

pruebas de mi lealtad, y ya presiento  
 que lo mismo que yo te siga amando  
 me amarás tú también en el convento ;  
 y si es verdad, Leonor, que me has querido  
 dame una última prueba que te pido.

» No tu limpia pureza escandalices  
 con este testimonio de ternura ;  
 no hay errores, ni culpas, ni deslices,  
 entre un hombre de honor y un alma pura ;  
 si vamos á ser ambos infelices  
 y si eterna ha de ser nuestra amargura,  
 que mi postrer adiós que tu alma invoca  
 lo selles con un beso de tu boca. »

Con rabia, ciega, airada y ofendida,  
 — « No me hables más, — repuso la doncella, —  
 sólo pretendes verme envilecida  
 y mancillarme tanto como á aquella.  
 Te adoro con el alma y con la vida  
 y maldigo este amor, pese á mi estrella,  
 si hidalgo no eres ya ni caballero,  
 ni debo amarte ni escucharte quiero. »

Manrique, entonces, la cabeza inclina,  
 siente que se estremece aquel recinto,  
 y sacando una daga florentina  
 que llevaba escondida bajo el cinto,  
 como un tributo á la beldad divina,  
 que amó con un amor jamás extinto,  
 altivo, fiero y de dolor deshecho,  
 diciendo : — « Adiós Leonor », la hundió en su pecho.

La dama, al contemplar el cuerpo inerte  
 en el dintel de su mansión caído,  
 maldiciendo lo negro de la suerte,  
 pretende dar el beso apetecido.  
 Llorando, solloza, grita ante la muerte  
 del hombre por su pecho tan querido,

y antes de que bajara hasta la puerta  
la gente amedrentada se despierta.

Leonor, á todos sollozando invoca  
y les pide la lleven al momento  
junto á Manrique, en cuya helada boca  
un beso puede renovar su aliento.  
Todos claman oyéndola : « ¡Está loca! »  
y ella, fija en un solo pensamiento,  
convulsa, inquieta, lívida y turbada  
cae, al ver á su padre, desmayada.

.....

Y no cuentan las crónicas añejas  
de aquesta triste y amorosa hazaña,  
si halló asilo Leonor tras de las rejas  
de algún convento de la Nueva España.  
Tan fútil como todas las consejas,  
si ésta que narro á mi lector extraña,  
sepa que á la mansión de tal suceso,  
llama la gente : « el Callejón del Beso ».

## « EN EL MONTE ESTÁ

QUIEN EL MONTE QUEMA »

LEYENDA HISTÓRICA DEL CONVENTO DE « LA PROFESA »

### I

Para blasón y orgullo de las artes  
que en Méjico otro tiempo florecieran,  
dignos asilos de la fe cristiana  
pasmando á nuestra edad los templos quedan.

Aun vive el nombre del egregio Tolsa,  
aun alientan los Juárez y Cabrerías,  
y aun admiramos todos reverentes  
las grandes obras del sin par Tres Guerras.

No en vano con sus manos poderosas,  
para hallar en la fama vida eterna,  
esgrimieron bañados por el genio  
el compás, el cincel y la paleta.

Si el tiempo todo con su mano borra,  
si su segur terrible todo siega,  
y la voluta artística se cubre  
con pesado festón de verde yedra ;

si viste á las cariátides el musgo,  
y el mármol por antiguo amarillea,

y en la gótica torre abandonada  
anidan la abubilla y la corneja ;

si el orín de los años quita el lustre  
á la espada, al escudo, á la rodela,  
y las más relucientes armaduras  
como memorias sin objeto quedan ;

si todo se convierte en polvo vano  
porque tan sólo es polvo la materia,  
el genio vive en obras inmortales  
que el genio está en el alma, que es eterna.

En un roto frontón, en una ojiva,  
en un lienzo sutil, en una piedra,  
toda la luz del arte del pasado  
asombrando al presente se revela :

Méjico guarda entre las ricas obras  
que su esplendor de antaño recogieran  
el templo alzado en sitio populoso  
á que todos llamamos « La Profesa ».

Altas columnas y espaciosas naves  
donde la luz y el aire francos entran,  
aéreas y tersas bóvedas que acogen  
la voz del orador que á Dios se eleva ;

esculturas y lienzos que son gloria  
del gusto antiguo y de la edad moderna ;  
magníficos altares que no en vano  
la blanca forma en su sagrario hospedan,

y en su exterior el templo, aunque severo,  
al corazón atribulado muestra  
cual índices que apuntan á los cielos  
sus dos torres artísticas y esbeltas.

De los callados claustros imponentes  
ya ni vestigio en nuestro tiempo queda,  
pero allí muchos sabios se albergaron  
lustre y honor de inolvidables eras.

En esos claustros, en nefando día  
el crimen asomó su mano negra,  
y conmoviendo los sagrados muros  
y de pavor llenando á nuestra tierra,  
pasó lo que el lector sabrá muy pronto  
si prestare atención á mi leyenda.

## II

Era un justo varón, prudente y docto  
el sacerdote Nicolás Segura,  
que renombre alcanzó como elocuente  
y en Cánones y letras fama justa.  
Nacido en Puebla, en sus primeros años  
se distinguió por su ejemplar conducta,  
y pronto los jesuitas lo acogieron  
como á una inteligencia limpia y pura.  
Consagróse al estudio y á los viajes,  
pisó de Roma la ciudad augusta  
distinguiéndose allí por sus talentos,  
su preclaro saber y virtud suma  
En España ganó las voluntades  
del alto clero, que su voz escucha  
como oráculo tierno y bondadoso  
que paz, sosiego y bienestar anuncia.

Méjico tornó como Prepósito  
de la orden santa que escogió por suya,  
viviendo en la Profesa largos años  
sin inquietud ni odiosidad ninguna.  
Una mañana, á tiempo que en oriente  
el sol de mayo espléndido despunta,  
desbaratando en lagos y montañas  
los niveos mantos de flotante bruma,  
llama cual siempre el cimbalo á maitines  
para que al coro con fervor acudan  
los jesuitas que pueblan « La Profesa »,  
y ejemplo son de prácticas adustas.

Pronto se miran todos congregados,  
la iglesia está callada, sola, obscura,  
apenas el rumor de algunos pasos  
bajo las naves resonar se escucha,  
ó de las vocingleras golondrinas  
la interminable charla en las alturas.

No comienzan los rezos en el coro,  
algo grave las prácticas perturba;  
los religiosos llegan, se arrodillan  
y unos y otros se miran con angustia.  
El Prepósito falta, cuando siempre  
es el primero que su puesto ocupa;  
y pasan los minutos y no llega;  
inquieta á todos el temor, la duda,  
y en voz baja, temiendo algún desastre  
la causa de la ausencia se preguntan.  
Al suponerlo enfermo se levanta  
el que en los rezos y el altar le ayuda,  
y rápido internándose en los claustros  
llega á su celda y con afán le busca.

¡Qué horrible cuadro se mostró á sus ojos!  
Rígido sobre el lecho está Segura;  
la nariz y los labios rebosando  
ensangrentada y repugnante espuma.  
Tiene al cuello un dogal de tosca cuerda  
atada con dos nudos en la nuca  
y en los ojos dos círculos violados,  
señal de asfixia y de indecible angustia.  
El religioso torna á dar aviso  
para que todos á la celda acudan,  
y corren, llegan, miran y su asombro  
¡ay! no lo puede describir mi pluma.  
Quién le besa la mano con respeto;  
quién va y los labios con amor le enjuga  
y quién llorando y con agudos gritos  
al pie del lecho reveló su angustia.

Mientras le dan aviso á la justicia  
inquiieren, claman, solicitan, buscan  
la negra causa de tan negro crimen  
que en breve tiempo á la ciudad enluta.

— ¿Quién pudo ser? pregunta un sacerdote  
á Juan Ramos el lego, cuya astucia  
todos conocen y que en duro trance  
ni recela, ni teme, ni se turba.

— ¿Quién pudo ser? repiten anhelantes,  
y Ramos ve á Villaseñor que oculta  
su rostro tras la espalda de otro lego;  
y como axioma que el indicio anuncia,  
« Está en el monte quien el monte quemá »,  
respondió Ramos con la voz confusa.

Por aquellas palabras sentenciosas  
que á todos sumergieron en la duda,  
no bien sobre las bóvedas del templo  
por cuatro noches discurrió la luna,  
cuando otro nuevo crimen causó asombro  
á la infeliz comunidad augusta.  
Á Juan Ramos hallaron en el lecho  
muerto de igual manera que Segura,  
estrangulado con maciza cuerda  
atada con dos nudos en la nuca,  
y los helados labios rebosando  
ensangrentada y repugnante espuma.

## III

Consultando los viejos pergaminos  
que arrojan luz sobre tan triste escena,  
tan sólo pude hallar en la sumaria  
del negro crimen, trunca la sentencia.  
Nunca Villaseñor confesó nada;  
sus jueces nunca le encontraron pruebas.  
Mas resultó á la postre condenado

á servir por diez años en galeras,  
á despojarle al punto y ante todos  
los que en el claustro le tuvieron cerca,  
de las órdenes y hábitos sagrados  
y de títulos, rangos y prebendas.

Al correr de los años no se supo  
si se dió cumplimiento á la sentencia,  
pero el pueblo, que todo lo averigua,  
narra como verdad esta conseja :  
Villaseñor convicto de su crimen  
y próximo á cumplir su dura pena,  
en San Pedro y San Pablo estando preso  
se dió la muerte en apartada celda.

Entonces para ejemplo y enseñanza  
cortaron al cadáver la cabeza  
y á colocarla fueron en el sitio  
donde murió Segura en « La Profesa ».

Quien cruce el callejón de Santa Clara  
en el tiempo en que escribo esta leyenda  
puede mirar en la pared prendido  
un viejo y tosco mascarón de piedra  
y que el hecho tan triste que he citado  
como mudo testigo nos recuerda.  
Y refieren también los que lo saben  
que excavando una vez la antigua iglesia  
encontróse la momia de Segura  
con la señal al cuello, de una cuerda  
y con su humilde aspecto despertando  
en todo aquel que la miró de cerca,  
profunda compasión para la víctima,  
para el verdugo maldición eterna.

## EL RELOJ DE PALACIO

LEYENDA DE LAS CALLES DEL RELOJ

Lector, escúchame atento  
esta tosca narración  
y júzgala la tradición,  
fábula, conseja ó cuento.  
En un libro polvoriento  
la encontré leyendo un día,  
y hoy entra á la poesía  
desfigurada y maltrecha;  
el verso es de mi cosecha  
y la conseja no es mía.

Hubo en un pueblo de España,  
cuyo nombre no es del caso  
porque el tiempo con su paso  
todo lo borra ó lo empaña,  
un noble que cada hazaña  
de las que le daban brillo,  
celebraba en su castillo  
dando dinero á su gente  
construyendo un nuevo puente  
ó alzando un nuevo rastrillo.

Era el noble de gran fama,  
de carácter franco y rudo,  
con campo azul en su escudo  
y en su torre un oriflama.  
Era señor de una dama

piadosa como ninguna ;  
dueño de inmensa fortuna  
por trabajo y por herencia  
y tan limpio de conciencia  
como elevado de cuna.

Una vez, para decoro  
de sus ricas heredades  
cruzó yermos y ciudades  
para combatir al moro.  
Llevóse como tesoro  
y como escudo á la par,  
un talismán singular  
atado á viejo rosario:  
un modesto escapulario  
con la Virgen del Piñar.

Era el precioso legado  
de sus ínclitos mayores ;  
desde sus años mejores  
lo tuvo siempre á su lado.  
Y como voto sagrado  
de cristiano y caballero  
juzgó su deber primero  
en el combate reñido  
llevarlo siempre escondido  
tras de su cota de acero.

En ocasión oportuna  
el noble llegó á creer  
que ante el moro iba á perder  
honra, blasón y fortuna.  
Soñó que la media luna  
nuncio de sangre y de penas,  
en horas de espanto llenas  
iba en sus feudos á entrar  
y hasta la vió coronar  
sus respetadas almenas.

Y no sueño, realidad  
pudo ser en un momento,  
pues fué tal presentimiento  
engendro de la verdad.  
Acércanse á su heredad  
Muslef y sus caballeros ;  
mira brillar los aceros  
al fugor de alta linterna  
y sale por la poterna  
en busca de sus pecheros.

Anda con paso inseguro  
de un hachón á los reflejos ;  
« alarma », grita á lo lejos  
el arquero sobre el muro.  
Como á la voz de un conjuro  
del noble los servidores  
surgen entre los negros  
de aquella noche maldita  
y lo siguen cuando grita :  
« ¡ Sus ! ¡ á degollar traidores ! »

Corren y en breves instantes  
terror y espanto difunden  
y en una masa se funden  
asaltados y asaltantes.  
Los cascos y los turbantes,  
revueltos y confundidos,  
entre quejas y alaridos  
vense en las sombras surgir,  
sin lograrse distinguir  
vencedores y vencidos.

El noble señor avanza  
en pos del blanco alquicel  
de un moro que en su corcel  
huye blandiendo su lanza.  
Resuelto á asirlo le alcanza  
por ciega rabia impelido,

y cruel y enardecido  
le mata con gran fiereza  
y le corta la cabeza,  
pues Muslef era el vencido.

Al tornar lleno de gloria  
á su castillo feudal  
dijo : « Es un ser celestial  
el que me dió la victoria.  
El que ampara la memoria  
y el lustre de mis abuelos ;  
el que me otorga consuelos  
cuando vacila mi planta ;  
es... ; la imagen sacrosanta  
de la Reina de los Cielos !

» Siempre la llevé conmigo  
y hoy de mi fe como ejemplo  
he de levantarle un templo  
donde tenga eterno abrigo.  
El mundo será testigo  
de que ferviente la adoro,  
y cual reclamo sonoro  
de su gloria soberana  
daré al templo una campana  
hecha con armas del moro ».

El tiempo corrió ligero  
y el templo se construyó,  
como que el noble empenó  
palabra de caballero.  
Sobre su recinto austero,  
todo el feudo acudió á orar  
venerando en el altar  
en lujoso relicario,  
un modesto escapulario  
con la Virgen del Pilar.

Los siglos, que todo arrasan,

lo más sólido destruyen,  
los hombres llegan y huyen  
y los monumentos pasan.  
Templos que en la fe se abrasan  
ceden del tiempo al estrago ;  
todo es efímero y vago  
y en las sombras del no ser  
lo que vistió el oro ayer  
hoy lo encubre el jaramago.

Quedóse el templo en ruinas,  
sus glorias estaban muertas  
y ya en sus naves desiertas  
volaban las golondrinas.  
Sobre sus muros, espinas ;  
verde yedra en la portada ;  
la Virgen, abandonada  
por ley aciaga é injusta,  
y la campana vetusta  
eternamente callada.

En cierta noche el horror  
de algo extraño se apodera  
de aquel pueblo cuando oyera  
de la campana el rumor.  
Desde el más alto señor  
al pobre y al pequeñuelo,  
acuden con vivo anhelo  
á mirar quién la profana  
y se encuentran la campana  
so'a, repicando á vuelo.

Asaltan con gran trabajo  
la torre donde repica  
y su espanto multiplica  
ver que toca sin badajo.  
El noble, el peón del tajo,  
el alcalde, el alguacil,  
con agitación febril



y con ánima turbada  
exclaman : « ; Está hechizada  
por los siervos de Boabdil ! »

Entre temores y enojos,  
propios de aquellos instantes,  
los sencillos habitantes  
ya no pegaron los ojos.  
Con sobresalto y sonrojos  
el temor al pueblo excita ;  
lleva el cura agua bendita  
y como todos, temblando,  
comienza á rezar, regando  
á la campana maldita.

Á medida que mojaba  
el agua bendita el hierro,  
cual diabólico cencerro  
más la campana sonaba.  
La gente se santiguaba  
triste, amedrentada y loca ;  
el cura á Jesús invoca  
y por fin llega á exclamar :  
« No la podemos callar  
porque el diablo es quien la toca ».

Tras esa noche infernal  
se dió cuenta al nuevo día  
de aquella aventura impía  
al consejo y al fiscal.  
Éste, en tono magistral,  
bien estudiado el conjunto,  
resolvió tan grave punto  
y por solución perfecta  
dijo : « Que tuvo directa  
parte el diablo en el asunto ».

Y como sentencia sana,  
poniendo al espanto un dique,

declaró nulo el repique  
de la maldita campana ;  
que cualquier mano profana  
con un golpe la ofendiera ;  
que el pueblo la maldijera,  
siendo el alcalde testigo  
y desterrada, en castigo,  
para las Indias saliera.

Cumplida aquella sentencia,  
maldecida y sin badajo,  
á Méjico se la trajo  
antes de la Independencia.  
De algún Virrey la indolencia  
la dió castigo mayor  
quedando en un corredor  
del Palacio abandonada,  
por ser campana *embruja*  
que á todos causaba horror.

Alguien la alzó en el espacio,  
le dió voz y útil empleo,  
y fué un timbre y un trofeo  
en el reloj de palacio.  
El tiempo á todo rehacio  
y que méritos no advierte,  
puso un término á su suerte  
cambiando su condición  
y encontró en la fundición  
metamórfosis y muerte.

En el libro polvoriento  
que al acaso registré,  
la descripción encontré  
de tan raro monumento.  
Tuvo como un ornamento  
de sus nobles condiciones,  
de su abolengo pregones  
en la parte principal,

una corona imperial  
asida por dos leones.

En el cuerpo tosco y rudo  
consagrando sus sonidos,  
se miraban esculpidos  
un calvario y un escudo;  
y como eterno saludo  
de la tierra en que nació  
en sus bordes se grabó  
una fecha y un letrero :  
« Maese Rodrigo » (el obrero  
que la campana fundió).

Produjo tal sensación  
entre la gente más llana  
ver un reloj con campana  
en la virreinal mansión,  
que son eterna expresión  
de aquel popular contento  
las calles que el pueblo atento  
« del Reloj » sigue llamando,  
constante conmemorando  
tan fausto acontecimiento.

Dos centenares de auroras  
la campana de palacio  
lanzó al anchuroso espacio  
sus voces siempre sonoras.  
Después de marcar las horas  
con solemne majestad,  
dejóle á nuestra ciudad  
recuerdo imperecedero,  
que es su toque postrimero  
vibrando en la eternidad.

## EL CALLEJÓN DE LA PUÑALADA

LEYENDA DEL EX-COLEGIO DE SAN ILDEFONSO, HOY ESCUELA NACIONAL  
PREPARATORIA

Á MI QUERIDO PRIMO

EL LIC. MANUEL DE LA PEZA Y ANSA

### I

¡ Cuán breve corre la vida !  
¡ Cuán fugaces son los años !  
¡ Cómo dejan en el alma  
las penas, eternos rastros !

Si la existencia es un día  
que tiene oriente y ocaso,  
su amanecer es hermoso  
y su atardecer amargo.

Siempre que en mis soledades  
torno la vista al pasado,  
encuentro en mis horizontes  
azules, pero lejanos,  
un muro imponente y tosco  
y un esbelto campanario.

El muro de mi colegio,  
donde con noble entusiasmo,

juzgué mis sueños verdades  
y mis amigos hermanos.  
Y el campanario del templo  
donde niño me llevaron  
á alzar los primeros rezos  
que sonaran en mis labios.

No distan colegio y templo  
uno del otro mil pasos;  
bajo la torre del uno  
mis ojos la luz miraron;  
y tras el muro del otro,  
mi espíritu limpio y sano,  
de la ciencia y de las letras  
miró los primeros rayos.  
« De la Encarnación », se llama  
la iglesia que á cuento saco;  
y fué « de San Ildefonso »,  
por todos denominado,  
aquel colegio, que guarda  
en sus elegantes arcos,  
en sus salas luminosas,  
en sus anchurosos patios,  
mis ilusiones azules,  
mis sueños puros y blancos,  
que ya envueltos en olvido,  
como en eterno sudario,  
me hacen exclamar á solas  
en tono triste y amargo:  
« ¡ Cuán breve corre la vida!  
¡ Cuán fugaces son los años!  
¡ Cómo dejan en el alma  
las penas eternos rastros! »

## II

En una noche de luna,  
después que las diez sonaron

y que el *toque de silencio*  
dejó al colegio callado;

cuatro estudiantes amigos,  
que á velar nos congregamos,  
pues el examen de octubre  
se acercaba á grandes pasos;

en pos del sitio elegido,  
todos cogidos del brazo,  
en nuestras manos el libro,  
en nuestra boca el cigarro,  
la juventud en el alma  
y en el pecho el entusiasmo;  
íbamos marchando iguales  
por el corredor más largo,  
que tiene el segundo piso  
de los dos primeros patios,  
y al llegar bajo la tosca  
repisa, de un viejo santo,  
que daba vista al colegio  
que « de Pasantes » llamábamos,  
el más alegre del grupo  
nos dijo medio turbado:  
— ¿ Veis en el piso primero  
y en el callejón del ángulo  
que con el *colegio chico*  
se encuentra incomunicado,  
siempre cerradas y oscuras  
las puertecillas de un cuarto?  
pues eso tiene una historia  
que voy en breve á contaros:  
pues dicen que fué el asombro,  
allá en el siglo pasado,  
de todos los que vivían  
con reputación de sabios,  
en este mismo colegio  
do nos tienen encerrados:

es una historia muy triste,  
pero de interés no escaso;  
para que podáis oír la  
ocupemos aquel banco.  
Y después de estas palabras  
satisfechos nos sentamos;  
la luna, que estaba en llena,  
derramaba vivos rayos,  
y en medio de aquel silencio,  
y en tan imponentes claustros,  
formaban triste contraste  
las sombras de aquellos arcos,  
con lo blanco de los muros  
y la brillantez del patio.

El estudiante, que hoy duerme  
tranquilo en el Campo Santo,  
y que entonces era un joven  
inteligente y osado,  
cerró un instante los ojos  
como un recuerdo evocando,  
frunció luego el entrecejo,  
llevó á la frente la mano,  
y con natural estilo  
nos hizo un breve relato,  
que yo á repetir me atrevo  
omitiendo tal vez algo,  
porque la memoria es flaca  
y han corrido muchos años.

### III

Mendo y Ramiro Olivares,  
jóvenes los dos y hermanos,  
vinieron á este colegio  
allá en el siglo pasado.

Hijos de Nueva Galicia  
donde un causal heredaron,  
uno vino á estudiar leyes  
y otro cánones sagrados.

Por un favor distinguido  
les dieron el mismo cuarto,  
á tiempo que, según dicen,  
eran bachilleres ambos.

Ramiro, tal nos lo pintan  
las referencias de antaño,  
era robusto, elegante,  
conversador y simpático.

Por las noches le cercaban  
sus compañeros ufanos,  
pues cuentan que era un prodigio  
con la guitarra y cantando.

Mendo, de carnes enjuto,  
de carácter reservado,  
insociable y receloso,  
nada alegre y nada franco,  
era en todas sus acciones  
el reverso de su hermano.

Nunca se les vió de acuerdo  
en los puntos que trataron  
y hasta en costumbres y trajes  
se les halló siempre extraños.

No fué devoto Ramiro,  
pero Mendo fué fanático;  
Ramiro amaba la gresca,  
Mendo fué siempre misántropo.

Lo que Ramiro vió negro,  
Mendo lo miraba blanco;  
en sus rostros no tenían  
de semejanza ni un rasgo,  
y en las almas, uno el cielo,  
el otro el abismo, el antro.

En cuestión de sentimientos  
era fácil estudiarlos :

Ramiro fué siempre pródigo  
y Mendo siempre fué avaro.  
Y como al morir su padre  
porción igual heredaron,  
al veloz curso del tiempo  
Mendo conservaba intacto  
su caudal, mientras Ramiro  
ya no guardaba ni un cuarto.

Y así los dos estudiantes  
obtenido el mismo grado,  
por mucho tiempo vivieron  
en el tenebroso cuarto;  
del estrecho pasadizo  
que da pavor á aquel ángulo.

No en vano dice un proverbio  
bueno, como castellano,  
« que los extremos se tocan » ;  
oigan ustedes el caso :

Aquellos dos corazones  
tan opuestos y tan raros,  
tan sólo en un sentimiento  
los igualó Dios ó el diablo.  
Sin decirse una palabra,  
sin mover nunca los labios,  
con miedo el uno del otro,  
su sentir disimulando  
desde el albor más risueño  
de sus más hermosos años,  
heridos á un tiempo mismo  
la misma mujer amaron.  
Y ella con esa malicia  
causa del primer pecado,  
comprendió que eran rivales  
por su amor, los dos hermanos.

Complaciente con Ramiro,  
á Mendo quiso humillarlo  
y tal vez con sus desdenes  
le tornó el carácter agrio.

Perdida toda esperanza,  
cuando el pueblo abandonaron  
prometiéronle á sus padres  
Ramiro, ser abogado,  
y Mendo que ya tenía  
en su corazón los dardos  
de la decepción primera  
y del primer desengaño,  
eligió, firme y resuelto,  
buscar la senda del claustro ;  
senda sembrada de espinas  
que florecen con un llanto,  
que si se vierte en el mundo  
produce mofa y sarcasmo.  
Y así á Méjico vinieron,  
y así en el colegio entraron,  
los que de sus compañeros  
sus costumbres estudiando  
recibieron los apodos  
del *Cura* y el *Licenciado*.

Una noche, recogidos  
Mendo y Ramiro en su cuarto,  
por casualidad extraña  
ya en sus lechos recostados,  
de esperanzas é ilusiones  
á conversar comenzaron.  
— No me llames ambicioso, —  
dijo Mendo ; no me afano  
en llegar á ser obispo,  
jamás he querido tanto ;  
busco el olvido, la ausencia  
en un humilde curato,

donde ejerza el Evangelio  
 como un apóstol cristiano.  
 — Aunque elogio tu modestia,  
 en humildad no te igualo;  
 quiero acabar mi carrera,  
 me voy al pueblo, y me caso.  
 — ¡Te casas! ¿Con quién, Ramiro?  
 — Ese es mi secreto, hermano.  
 — ¿Secreto? ¿Si lo adivino,  
 y hasta pudiera jurarlo!  
 — Pues entonces, no lo digas  
 al ver que yo me lo callo.  
 — Te casas, con la coqueta  
 Elvira Anzures del Prado.  
 — Pudiera ser; pero mientes  
 al darle un título vano,  
 que no es coqueta una virgen  
 toda pudor y recato.  
 — Si yo siempre me lo dije;  
 es de todo enamorado  
 ser cuando al ídolo juzga  
 un inexperto ó un sandio.  
 — ¿Pero tú por qué la insultas?  
 — Porque cual la luz, es claro,  
 que tal mujerzuela tiene  
 de amantes á más de cuatro.  
 Me tuvo á mí en algún tiempo,  
 á ti después, y es el caso,  
 que después de larga ausencia,  
 después de tiempo tan largo,  
 tendrá por adoradores  
 el mejor de cada barrio.  
 — Detén esa lengua, Mendo.  
 — Decir verdad no es pecado.  
 — ¡Mientes, infame!  
 — No miento.  
 — Sí, mientes como un villano.

— Esa mujer es.... — Ó tienes  
 esa lengua, ó te la arranco.  
 — Inténtalo, pero digo...  
 — Cállate, Mendo. — No callo.  
 Y saltando de sus lechos  
 y ya de pie sobre el cuarto  
 se dijeron tales cosas,  
 tales insultos cambiaron,  
 que ciegos, locos, celosos,  
 llegan por fin á las manos  
 y Mendo que allí tenía  
 agudo puñal guardado,  
 lo coge y en un momento  
 de inmensa rabia, temblando  
 lo clava de un fiero golpe  
 en el pecho de su hermano,  
 que exámine, en sangre tinto  
 cae á sus pies en el acto.  
 Mendo, al mirarlo dió un grito,  
 sus compañeros llegaron...  
 Y las crónicas no cuentan  
 si después del triste caso  
 tuvo Mendo por castigo  
 la locura ó el cadalso.

Pero desde entonces todos  
 al callejón de aquel ángulo  
 llaman « de la Puñalada »  
 y está siempre abandonado,  
 pues en las noches oscuras  
 causa inexplicable espanto  
 cual si por allí cruzara  
 con lentos siniestros pasos,  
 de Caín el fratricida  
 el espectro ensangretado

## LA CALLE DEL ESCLAVO

## I

De los nobles y esforzados  
héroes que patria nos dieron,  
uno descuella entre todos  
por su grandeza y su genio.

Pretender en tosca rima  
enarrar sus altos hechos  
es cual contar con la mano  
los astros que tiene el cielo.

Hay héroes, esclarecidos,  
orgullo de nuestro tiempo,  
cuyas hazañas merecen  
tener por cantor á Homero.

Con júbilo y con orgullo  
en mal pergeñados versos  
voy, la verdad respetando,  
á referir un suceso.

No lo refieren los libros  
ni se enseña en los colegios,  
que siempre envolvió el ovido  
los más culminantes hechos.

Mas juro á fuer de hombre honrado  
y de bardo caballero,  
que es la verdad lo que digo  
para enseñanza del pueblo.

Testigos de lo que enarro  
antaño me lo dijeron;  
yo recogí sus palabras  
y rompo al fin el secreto.

Era yo un adolescente,  
un alegre rapazuelo,  
perezoso en los estudios  
y decidor y travieso.

Cada tarde, al dar las cinco,  
al regresar del colegio,  
después de ver á mi padre  
y dar en su frente un beso,

íbame á charlar tranquilo,  
ansioso de oír sus cuentos,  
con un honrado asistente,  
con un inválido viejo,

que mi padre conservaba  
á su lado con empeño,  
por sus antiguos servicios  
en casa de mis abuelos.

Paréceme que lo miro  
hoy que evoco sus recuerdos:  
cabellera hirsuta y blanca,  
bigote cano y espeso,

ojos pardos y expresivos,  
ronca voz de tosco acento  
y gloriosas cicatrices  
repartidas en su cuerpo.

La herida de la cabeza  
en Veracruz se la hicieron,  
la vez en que los franceses  
asaltaron aquel puerto.

La pierna que le faltaba  
y que nunca echó de menos,

á las tropas de Calleja  
se las dejó en un encuentro.

Sirvió con el cura Hidalgo,  
en Cuautla sirvió á Morelos  
y se incorporó más tarde  
á las fuerzas de Guerrero.

Pero su mayor ventura,  
el orgullo de aquel viejo,  
lo que en lágrimas mojaba  
su cutis rugoso y seco,

era haber formado parte  
del grande y vistoso ejército  
que en el año vientiuno  
entró victorioso á Méjico.

— « Si hubieras visto — decía —  
el regocijo del pueblo  
al mirar nuestra bandera  
ya libre y flotando al viento ;

» si hubieras visto aquel gozo,  
aquel gusto, aquel anhelo  
de hacer dichosa á la patria...  
yo explicártelo no puedo »...

Y cubriendo con las manos  
aquel rostro amarillento  
dejaba rodar sus lágrimas  
al calor de sus recuerdos.

¡ Ah ! ; cuántas cosas sabía  
el asistente Robledo !  
¡ Era una crónica andando ;  
un archivo en carne y hueso !

Hoy que han corrido los años  
y que el soldado está muerto,  
vengo á evocar su memoria,  
para escribir estos versos.

## II

Una tarde de noviembre,  
estando nublado el cielo,  
y mi espíritu de niño  
nublado también y enfermo,

llegué y le dije al soldado :  
— « Dime algo terrible y nuevo  
de jefes y camaradas,  
que tuviste en otros tiempos ».

Y atusándose el bigote,  
blanco y lacio como el heno,  
encendiendo su tabaco  
y evocando sus recuerdos,

agregó : « Voy á contarte  
sin desfiguros un hecho,  
que da á conocer á fondo  
cual si lo estuvieras viendo,

el carácter de un gran hombre,  
del gran don José Morelos,  
á quien Dios tenga en su gloria,  
por ser la gloria de Méjico ».

Cerró en seguida los ojos,  
como para ver más lejos  
y dijo lo que repito,  
sin enmiendas ni renuevos :

— Estábamos acampados  
en una tierra de fuego,  
en el sur, bajo la sombra  
de mangles y cocoteros ;

mirando á largas distancias  
á modo de troncos secos  
dormitar á los caimanes  
á orillas de los esteros.



Entre las ramas, los huacos  
cantaban allá á lo lejos,  
y á nuestros pies las iguanas  
caminaban en silencio.

Junto á palma gigantesca,  
en tosco sillón de cuero,  
conversando con algunos  
estaba el señor Morelos.

De repente Galéana,  
que fué su brazo derecho,  
y á quien siempre que lo nombro  
parece que lo estoy viendo,

acercóse á presentarle  
diez ó doce prisioneros,  
entre los cuales venía  
un hombre de color negro.

Morelos al recibirlos  
les dijo con dulce acento:  
« ¿Por qué nos hacéis la guerra  
si vuestra dicha queremos?

» Por la libertad luchamos,  
y si habéis nacido en Méjico,  
¿ por qué no queréis ver libre  
é independiente este suelo? »

Y en seguida, contemplando  
al hombre de cutis de ébano,  
agregó, compadecido  
de su suerte y de sus yerros.

« ¿ No sabes que ya abolimos  
por un solemne decreto  
la esclavitud de tu raza  
que sufre tantos tormentos?

» ¿ No sabes que entre nosotros  
no hay señores ni pecheros,

que son libres los esclavos  
y como hermanos los vemos? »

Y el negro, cuyas miradas  
lanzaban rayos de fuego,  
al punto respondió airado  
con rudo y brutal acento :

— « Yo la libertad maldigo,  
pues á gran orgullo tengo  
vivir y morir esclavo  
de mi noble y rico dueño ».

Adelantóse al oírlo,  
con rabia el señor Morelos  
y luego lanzó estas frases  
que jamás olvidar puedo :

— « Quien la libertad maldice  
y lame sus duros hierros  
es indigno de la vida  
y es perjudicial al pueblo.

» Y como no tiene patria  
ni ha de bendecirlo el cielo  
debe morir como muere  
el ser más bajo y abyecto ».

Y le disparó al instante  
un arcabuz en el pecho,  
con tal rabia y con tal tino  
que al punto lo dejó muerto.

Todos los que presenciamos  
aquel terrible suceso  
nos quedamos sorprendidos  
con tan saludable ejemplo.

### III

Pasados algunos años,  
los que volvimos á Méjico